

Un camino sinuoso: practicante en proceso

Dana Guisasola¹

Resumen

El presente trabajo propone dar cuenta de mi experiencia como practicante en tercer año primera división de la Escuela Técnica N°3. Es un relato personal que presenta las dudas y los pormenores del sinuoso camino que se transita durante la primera experiencia frente a clases en la escuela. Mi proyecto apunta a una lectura de un recorte breve de obras de ciencia ficción como un discurso que hunde sus raíces en el cuestionamiento de las categorías de lo humano y de lo otro.

Palabras clave

Ciencia ficción – prácticas – categorías - experiencia

No me acuerdo en qué momento empecé a entusiasarme con las prácticas. Las materias pedagógicas me parecieron una larga y tediosa pérdida de tiempo, esa es la verdad: desarticuladas entre sí, muchas veces me pregunté para qué estaba generando este almacenamiento de datos desvinculados de la realidad material de la escuela. También la otra parte: leer textos que inventan un sujeto idílico, que se separa estrepitosamente del sujeto real que nos interpela y nos mira desde su banco, atravesado por problemáticas sociales profundas. De eso, en las pedagógicas, no se habla. Tampoco voy a hablar yo, en cualquier caso, esta no es la ocasión ni contamos con el tiempo. Pero son problemáticas reales, vivas, que laten en las escuelas marginalizadas (y no tan marginalizadas) y ante las que llegamos como corderos al sacrificio.

Cuando llegué a mi última materia pedagógica, la didáctica específica, algunas cosas cambiaron, pero no todas. Yo tampoco tenía la mejor predisposición, debo admitirlo. El primer teórico (y los siguientes, y también los prácticos, aunque nos íbamos un ratito antes) se desplegó a lo largo de tres horas sin pausa. Salí, a las dos horas, al baño, perdí cinco o diez minutos de clase.

¹ Estudiante de la carrera del Profesorado en Letras. Adscripta a Literatura y Cultura Españolas II en las áreas de docencia e investigación. Mi proyecto de adscripción es dirigido por la Dra. Marcela Romano.
Email: danaguisasola@gmail.com

El contenido de la didáctica especial me pareció interesante: hasta ahora, habíamos hablado del sujeto adolescente, del sistema educativo argentino, de la gestión escolar. Pero nunca de aquello para lo que nos estábamos formando: qué enseñar, cómo, concretamente, cómo proponer ejercicios significativos, de qué manera adaptarlos a los lineamientos del diseño. Cómo interiorizar el diseño. Discutirlo, revisarlo, tenerlo en la mano, hablar de eso: apropiárnoslo. Pensar al diseño como un discurso pragmático, un construir y hacer mientras se lo dice, mientras se lo lee.

Poco antes de terminar el primer cuatrimestre, realicé mis observaciones. Lo que vi me aterró. Un grupo de chicos tironeando de algo así como una pira funeraria de chatarra situada en el centro del aula, peleándose por los bancos menos destrozados, buscando las mesas sobre las que se pudiera escribir con tranquilidad. Los que tuvieron menos suerte se quedaron con pupitres martillados, algunos quebrados en el medio. Esos chicos también se sentaron en sillas sin respaldo. En esas circunstancias, la profesora propuso leer “El corazón delator”. Leyó en voz alta uno de los chicos. Noté muchísimos problemas de lectura, me pareció que el esfuerzo que le demandaba la vocalización era tan grande que no estaba pudiendo hacer el doble proceso de vocalizar e interpretar.

En ese punto, decidí eliminar cualquier intento de leer una novela en un mes y medio de clases. Mi primera decisión, entonces, fue ponerme un límite. Lo concienticé después, mientras caminaba las cuadras que separan a la escuela de la facultad. Me cuestioné: ¿hasta qué punto tendré la capacidad de empoderar si aún no empiezo y ya me estoy (y los estoy) limitando? ¿será que no puedo, que no sirvo para esto? ¿visualizar un posible fracaso personal me está llevando a no confiar en los chicos? Si hay alguien en quien quiero confiar es en ellos. No en las cátedras universitarias que me enseñan a inventarlos, sino en ellos. Y no estoy pudiendo. Yo no quiero ser una docente así. Pensé mucho ese día, llegué a casa y me propuse cumplir con las prácticas lo mejor posible, aprobar, terminar la carrera y no volver a pisar una escuela hasta que no fuera capaz de disociar mis propias inseguridades de las capacidades de ellos. Hasta que no fuera capaz de confiar.

La clase siguiente que me tocó observar los chicos hicieron un ejercicio estructuralista de comprensión lectora. Mientras los chicos trabajaban, charlé con la profesora titular. Es accesible, los chicos la respetan, busca entusiasmarlos. Mientras los chicos leen a Poe, nosotras arreglamos: comienzo el primer lunes después de las vacaciones, voy a dar ciencia ficción.

Entrego la planificación, que logra despertar en mí un mínimo entusiasmo, pasan las vacaciones y, mientras preparo un final, llega el fin de semana anterior al comienzo de clases. Ese sábado compro tizas en la librería de Irigoyen y Matheu. Cargo las baterías de mi computadora. Ese día es el primero, desde que comenzó este proceso de observaciones y prácticas, que lo digo en voz alta. Estoy cenando en casa, digo en voz alta: “Mañana empiezo las prácticas. Es un mes y medio nada más. Igual, ya sé que no sirvo para esto porque me aterra fracasar, no quiero correr ese riesgo, me importa más que los chicos. No sirvo para esto. Así que espero aprobar, paso la nota, listo. Total, siempre voy a encontrar trabajo de cualquier otra cosa.” Mi interlocutor me dice: “No seas tonta. Decidí esto después, volvemos a charlar si querés en un mes y medio. Pero no vayas pensando así. ¿Vos te pensás que no se van a dar cuenta de que te lo estás tomando como un trámite?”. Silencio. Quiero ganarle, quiero tener razón. Pero tampoco puedo ser tan necia. Al otro día, meto las tizas en la mochila a las seis de la mañana y salgo. Hace muchísimo frío. Me hace humito el aliento. Llega el colectivo y yo decido, aterrada, que decidiré después.

Mi primera clase fue en una escuela técnica, el primer lunes después de las vacaciones, a las siete y media de la mañana. Leo esta oración y se apodera de mí un espíritu gramatical que separa sintagmas oracionales y escribe, debajo de cada uno, la palabra “obstáculo”. Llegan los chicos. Proyecto (sosteniendo mi compu rodeada de estudiantes) tres cortos de ciencia ficción. Los chicos comienzan a hablar. Y empieza la magia.

Me siento inmensamente feliz. Hacen reflexiones muy interesantes, dicen cosas que yo ni siquiera había pensado. Anoto todo en el pizarrón con mis tizas nuevas. Quiero sacarle una foto al pizarrón, quiero llevarme esa clase como un amuleto para las próximas. Quiero llevármelos a ellos, también, quiero preguntarle a Lucas por qué no se saca esa gorra para hablar, por qué se esconde si dice cosas tan buenas. Quiero decirle a Lourdes que tome coraje, que hable más

fuerte, que está buenísimo lo que está diciendo. Quiero decirle a Elías que opine, que seguramente él también tiene cosas interesantes para decir.

Luego, pego imágenes en el pizarrón: algunas pertenecen al universo de la ciencia ficción, otras al relato detectivesco, al maravilloso, a relato de horror. Los chicos distinguen las del género sin dificultad. Con sus argumentos armamos un gráfico en el pizarrón y recortamos lo que va a ser, durante el próximo mes y medio, nuestro territorio. Las dos horas pasan rapidísimo, el timbre suena diez minutos antes, salen corriendo en avalancha al pasillo, nos vemos el miércoles.

Son las nueve y media de la mañana, camino por Alberti y me dan ganas de reírme. Quiero que sea miércoles ya. Quiero que charlemos otra vez. Quiero que leamos juntos, que escribamos juntos, quiero. Qué alivio.

La clase siguiente, leo en voz alta un cuento de Elvio Gandolfo, “El terrón disolvente”. Se hace un silencio total: no sólo la música doma a las fieras. Creo que los chicos se dan cuenta de que a mí me gusta mucho el relato. Después proyectamos fragmentos de *Matrix*, los ponemos en relación con el cuento. Tomás se da cuenta de que un argentino que vive en un rancho en Cañada de Gómez, como el protagonista de “El terrón disolvente”, también puede ser un científico loco. Tomás reflexiona: “claro, es que las personas no son todas iguales.” Los científicos locos, por lo tanto, tampoco. Leonardo se da cuenta de la analogía entre los personajes del cuento y los de la película. Julián insiste: la realidad es como es y ni *Matrix* ni “El terrón disolvente” van a convencerlo. Sus compañeros lo apoyan. Yo no quiero convencerlos (no sé si podría), me gusta verlos tomar partido a partir del relato y de la película.

Al terminar la clase se me acerca Sabrina. Me habla de una película de ciencia ficción que le encantó. Me la recomienda. La anoto y siento que llegué. Que cree que me gusta. Que quiere recomendarme algo que a ella le gustó. Qué linda que es Sabrina, qué linda su manera de hacerme ver que estuvo ahí, en el mismo lugar que yo, durante dos horas.

La clase siguiente los chicos escriben, en parejas, su primer borrador de reseña del cuento que leímos. Para reflexionar sobre las características del género, leímos reseñas de libros y películas de ciencia ficción. Ramiro no puede creer que un libro pueda llamarse *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*. Me dice que el nombre le encantó, que lo va a buscar en

internet. Dedicamos dos clases a la elaboración y corrección de sus reseñas. Luego, las subimos al blog del curso. A la clase siguiente, muchos habían entrado, desde sus casas, al blog. Algunos habían compartido la experiencia de lectura de sus trabajos y los de sus compañeros con sus familias.

Después leemos a Asimov. Lo pusimos en relación con la segunda guerra mundial. Pensamos, entre todos, cómo la guerra y la ciencia ficción cuestionan la categoría de lo humano. Leímos a Asimov pensando en Auschwitz, pensando en Hiroshima. Pensamos en las peligrosas relaciones entre ideología y tecnología. Miramos imágenes de propagandas de la guerra, miramos publicidades de films del género de los años cuarenta. Pensamos en Ames y Brock, los protagonistas del cuento "Recuerdo perdido", de Asimov, que se habían olvidado lo que era ser humanos. Y volvimos a hablar de Hiroshima y del fascismo. Hablamos de la categoría de lo humano, de los horrores de la guerra, de la bomba atómica como un hito en espejo de la historia de la tecnología y de la historia de la humanidad. Pensamos en qué pasa cuando hay un alguien que tiene toda la tecnología y un alguien que no la tiene. Julián dijo "es que Hitler también se había olvidado de lo que es ser humano". Candela dijo "en realidad, si pensamos que los robots y los aliens no son humanos es porque son parecidos pero diferentes." Y ahí nomás, Ignacio remató: "Claro, como Hitler. Él pensaba que los judíos eran parecidos pero diferentes. Y si uno piensa así como que uno puede matarlos con menos culpa, ¿no?". Ignacio, un metro cincuenta, pelo lacio lleno de remolinos, buzo gigante y zapatillas desatadas se dio cuenta de que existe el otro. Planteó, con sus compañeros, el problema de la otredad.

Durante la clase siguiente, los chicos hacen un ejercicio de escritura creativa: imaginan que deben recordarles a los protagonistas del cuento de Asimov qué es ser humano. Para esto, escriben una carta presentando un objeto que, a su criterio, pueda ayudarlos a recordar. Los chicos se entusiasman con la consigna, las cartas son muy diversas. Se esmeran en la redacción: saben que van a leerse en el blog. Me preguntan cuándo voy a subir sus cartas, están ansiosos por leer a sus compañeros.

La semana pasada estuvimos trabajando con textos expositivos, apuntando a fortalecer el eje de estudio. Leímos, entre todos, un fragmento de *Conceptos de literatura moderna*, de Jaime

Rest. Anotamos las palabras desconocidas en el pizarrón: casi todas las dudas fueron evacuadas por los mismos chicos. Yo sólo debí resolver unos cinco términos conflictivos. Luego, apuntamos a desmenuzar la estructura del texto: rastreamos sujetos perdidos en oraciones extensas, resolvimos categorizaciones complejas, reordenamos oraciones hiperbáticas. Luego, los chicos hicieron un ejercicio de identificación de las ideas principales y de elaboración de una red conceptual.

Mi proyecto aún está en proceso: todavía nos falta organizar un debate oral a partir de una consigna. Aún falta relevar las características del discurso argumentativo a partir de lecturas de textos modelo. No hemos visto aún la película *Yo Robot*, que dará lugar a la evaluación: la escritura de un texto argumentativo a partir de una consigna disparadora que nace de la película.

Mis prácticas siguen desarrollándose mientras escribo este artículo, que intenta ser un relato de algo que no concluye, de algo que está en proceso, de algo que espero que siga en proceso durante muchos años. Quiero hacer esto. Si las prácticas sirvieron para algo (y sirvieron para mucho) fue para generarme estas ganas, este empuje, esta sensación de que sí se puede.